

DE LA NATURALEZA DEL BIEN

Contra los maniqueos (*)

San Agustín

CAPITULO I

Dios es el bien sumo e inmutable del cual derivan todos los otros espirituales y corporales.

El sumo bien, al cual no hay nada superior, es Dios; y por esto es un bien inmutable, realmente eterno e inmortal. Todos los otros bienes no son sino por él; pero no de él. En efecto, lo que es de él, es lo que él mismo es; pero las cosas hechas por él, no son lo que es él mismo. Y por esto, si sólo él es inmutable, todas las cosas que hizo, ya que las hizo de la nada, son mudables. En efecto, tan omnipotente es, que puede aun de la nada, es decir, de lo que absolutamente no es, hacer cosas buenas, grandes y pequeñas, celestiales y terrenales, espirituales y corporales. Pero, porque es también justo, no igualó las cosas que hizo de la nada a lo que engendró de sí mismo. Puesto que todos los bienes, sean grandes o pequeños, en cualquier grado de las cosas, no pueden ser sino por Dios, y además toda natura, en cuanto natura, es un bien, toda natura no puede ser sino por el sumo y verdadero Dios. En efecto, todos los bienes, aunque no

(*) De la excelente edición bilingüe de la Universidad Nacional de Tucumán (1943), reproducimos la traducción realizada por doña María Delia Paladini.

sumos, pero que están próximos al sumo bien, y por otra parte todos los bienes, aun los mínimos, que están muy lejos del sumo bien, no pueden ser sino por el mismo sumo bien. Así todo espíritu, aunque mudable, y todo cuerpo es por Dios; y esto es toda la natura creada. Pues toda natura es o espíritu o cuerpo. El espíritu inmutable es Dios. El espíritu mudable es natura creada, pero es mejor que el cuerpo. El cuerpo no es espíritu, a no ser que, como en el caso del viento se le llame en cierto modo espíritu porque sentimos su fuerza, y no poca, aunque es invisible a nosotros.

CAPITULO II

De cómo esto es bastante para corregir a los maniqueos.

En cuanto a los que no pueden comprender que toda natura, esto es, que todo espíritu y todo cuerpo naturalmente es bueno, y movidos por la iniquidad del espíritu y la mortalidad del cuerpo, intentan introducir otra natura de espíritu maligno y de cuerpo mortal que Dios no ha hecho, pensamos que de este modo podrá llegar a su inteligencia lo que decimos. En efecto, admiten que todo bien no puede ser sino por el sumo y verdadero Dios, lo que es verdad y al mismo tiempo basta para corregirlos si lo quieren advertir.

CAPITULO III

El modo, la especie y el orden son bienes generales que están en las cosas creadas por Dios.

Nosotros, cristianos católicos, adoramos a Dios por el cual todas las cosas buenas son, sean grandes o pequeñas; por el cual es todo modo, sea grande o pequeño; por el cual es toda especie, sea grande o pequeña; por el cual es todo orden, sea grande o pequeño. En efecto, todas las cosas cuanto más modo, especie y orden tienen, tanto más buenas son; por el contrario, cuanto menos modo, menos especie y menos orden tienen, menos buenas son. Y así estas tres cualidades: modo, especie y orden, para no hablar de muchas otras que evidentemente corres-

ponden a ellas, estas tres cualidades, digo: modo, especie, orden, son como bienes generales en las cosas hechas por Dios, sea en el espíritu, sea en el cuerpo. Y así Dios está sobre todo modo, toda especie, todo orden de los seres creados. Y no está sobre ellas en el espacio, sino sobre ellas por una inefable y singular potencia, porque por él es todo modo, especie, orden. Donde estas tres cualidades son grandes, los bienes son grandes; donde son pequeñas, los bienes son pequeños; donde no las hay, no hay ningún bien. Por otra parte, donde estas tres cualidades son grandes, son grandes las naturas; donde son pequeñas, las naturas son pequeñas; donde no las hay, no hay ninguna natura. Luego, toda natura es buena.

CAPITULO IV

El mal es la corrupción del modo, de la especie y del orden.

Por esto, cuando se pregunta de dónde procede el mal, primero debe preguntarse qué es el mal; el mal no es otra cosa que la corrupción, sea del modo, sea de la especie, sea del orden naturales. Y así se dice mala la natura que está corrupta, porque la que está incorrupta es indudablemente buena. Pero aunque corrupta, en cuanto natura, es buena; en cuanto corrupta, es mala.

CAPITULO V

Una natura de orden superior, aunque corrupta, puede ser mejor que una natura inferior aunque incorrupta.

Pero puede ser que una natura, la cual está superiormente ordenada por un modo y especie naturales, sea todavía mejor, aunque corrupta, que otra que esté incorrupta, pero que está inferiormente ordenada en un modo y especie naturales menores. Así como en la estimación que comúnmente se hace de la cualidad de las cosas, según su aspecto exterior, es mejor sin duda el oro corrupto que la plata incorrupta, y la plata corrupta que el plomo incorrupto. También en las naturas más dotadas de po-

der y más espirituales, es mejor un espíritu racional corrupto por una voluntad mala, que un irracional incorrupto. Y un espíritu cualquiera, aunque corrupto, es mejor que cualquier cuerpo incorrupto. La natura que da la vida al cuerpo asistiéndolo es, pues, mejor que aquella natura a la cual se presta la vida. Luego, por corrupto que sea un espíritu de vida creado, puede, sin embargo, dar la vida al cuerpo. Y por esto es mejor, aunque corrupto, que un cuerpo incorrupto.

CAPITULO VI

Una natura que no puede corromperse es sumo bien; la que puede, tiene algo de bueno.

Pero si la corrupción quitara a las cosas corruptibles todo modo, toda especie, todo orden, ninguna natura quedaría. Por consiguiente, toda natura que no puede ser corrupta, es el sumo bien según lo es Dios. Y también toda natura que puede ser corrupta tiene algo de bueno; en efecto, la corrupción no podría dañarla sino quitando y disminuyendo lo que es bueno.

CAPITULO VII

La corrupción de los espíritus racionales, en cuanto voluntaria, es castigada.

A las criaturas excelentísimas, esto es, a los espíritus racionales, Dios les concedió que si no quieren no puedan ser corrompidas; esto es, si conservan la obediencia al Señor Dios suyo y si se adhieren a la incorruptible belleza de él. Pero, si no quieren conservar la obediencia, ya que voluntariamente se corrompen en el pecado, que se corrompan involuntariamente en el castigo. Pues tal bien es Dios, que nadie está bien si lo abandona. Y en las cosas hechas por Dios, la natura racional es un bien tan grande, que no hay ningún bien sino Dios que la haga feliz. Luego los que pecan están sometidos a penas. En cuanto esta sumisión no corresponde a su natura, es un castigo; pero en tanto corresponde a su culpa, es justicia.

TEXTOS CLASICOS

CAPITULO VIII

La hermosura del universo deriva de la corrupción y de la desaparición de las cosas inferiores.

Las demás cosas que han sido hechas de la nada, y que son inferiores al espíritu racional, no pueden ser ni felices ni infelices. Sin embargo, como según su modo y especie ellas son aún bienes, y como no pueden ser bienes aunque menores y mínimos, sino por el sumo bien que es Dios, están ordenadas de tal forma que ceden las menos estables a las más estables, y las menos fuertes a las más fuertes, y las menos potentes a las más potentes; y de este modo lo terrenal está con lo celestial en la relación del súbdito con el superior. Nace de las cosas que se suceden y mueren una cierta belleza temporal según su género; las que mueren, o sea las que eran y dejan de ser lo que eran, no afean ni turban el modo, especie y orden de la creación universal; así como un discurso bien compuesto es hermoso, aunque en él las sílabas y todos los sonidos pasan igual que si nacieran y murieran.

CAPITULO IX

El castigo se da a la natura que peca para que se ordene rectamente.

Cuál y cuánta es la pena debida a cada culpa, es del juicio divino, no del humano. En verdad, cuando la pena es perdonada a los que se convierten es gran bondad de Dios. Y cuando es sufrida debidamente, ninguna injusticia es en Dios; porque la natura está mejor ordenada padeciendo justamente en el suplicio que gozando impunemente en pecado. Esta natura, dado que aun así tiene algún modo y especie y orden, en cualquier condición que se encuentre, todavía es algún bien. Si estas cualidades le son sacadas completamente y destruídas totalmente, no habrá ningún bien porque ninguna natura quedará.

CAPITULO X

Las naturas son corruptibles porque han sido creadas de la nada.

Así, todas las naturas corruptibles no serían de ningún modo naturas si no fuesen por Dios, y no serían corruptibles si fuesen

DE LA NATURALEZA DEL BIEN

de él, porque serían lo que él es. Luego, tienen algún modo, alguna especie, algún orden, ya que por Dios han sido hechas; pero no son inmutables porque de la nada fueron hechas. Por esto es sacrílega audacia igualar la nada y Dios, admitiendo que lo nacido de Dios sea como lo hecho por él de la nada.

CAPITULO XI

No se puede hacer daño a Dios ni tampoco a otra natura si él no lo permite.

Por lo tanto, de ningún modo puede ser dañada la natura de Dios, y no puede ser dañada injustamente natura alguna bajo Dios. Y aunque algunos pecando dañan injustamente, la voluntad injusta se les imputa a ellos. En cambio, la potestad de dañar que ellos tienen, no es dada más que por Dios, quien sabe, y ellos lo ignoran, lo que deben sufrir esos a quienes permite dañar.

CAPITULO XII

Todos los bienes no son sino por Dios.

Y si todas estas cosas tan claras, tan ciertas, quisieran advertirlas los que introducen otra natura que no hizo Dios, no se llenarían con tan grandes blasfemias como poner en el mal tan grandes bienes y en Dios tan grandes males. Basta, en efecto, para corregirlos como dije arriba, que sólo quieran atender lo que la verdad los obliga a proclamar aun contra su voluntad: que absolutamente todos los bienes no son sino por Dios. No por uno son los grandes bienes y por otro los bienes pequeños; sino que los grandes y pequeños bienes no son más que por el sumo bien que es Dios.

CAPITULO XIII

Cada bien grande o pequeño es por Dios.

Recordemos todos los bienes que podamos, que sea posible atribuir a la creación de Dios, y apartados éstos, veamos si queda alguna natura. Toda vida grande y pequeña, todo poder grande

y pequeño, toda salud grande y pequeña, toda memoria grande y pequeña, toda virtud grande y pequeña, toda inteligencia grande y pequeña, toda tranquilidad grande y pequeña, todo talento grande y pequeño, todo sentido grande y pequeño, toda luz grande y pequeña, toda suavidad grande y pequeña, toda medida grande y pequeña, toda belleza grande y pequeña, toda paz grande y pequeña y otros bienes semejantes que se nos pudieran ocurrir, y máxime aquellos que se encuentran en todas las cosas, sea espiritual, sea corporal: todo modo, toda especie, todo orden grande y pequeño, son por Dios Nuestro Señor, y quien quiera usar mal de todos estos bienes, sufrirá la pena dada por el divino juicio; y donde los bienes falten completamente, ninguna natura quedará.

CAPITULO XIV

Los bienes pequeños son llamados con nombres contrarios, en comparación con los mayores.

Por otra parte, en todos estos bienes, cualquiera que sea pequeño en comparación de los mayores, es llamado con nombre contrario. Por ejemplo: porque en la forma del hombre hay más belleza, comparada con ella, la belleza del mono se llama deformidad, y los ignorantes se engañan como si aquello fuera bueno y esto malo; y no comprenden que en el cuerpo del mono hay un modo propio, simetría en los miembros, armonía en las partes, la conservación de la integridad y otras cosas que es largo enumerar.

CAPITULO XV

Que en el cuerpo del mono está, aunque menor, el bien de la belleza.

Para que se entienda lo que decimos, y puedan entender también los lerdos, y aun los obstinados y los que manifiestamente rechazan la verdad sean obligados a admitir lo que es cierto, pregúntese si la corrupción puede dañar el cuerpo del mono. Y si puede llegar a ser más deforme, ¿qué disminuye, sino lo bueno de la belleza? Siempre quedará algo mientras subsista la natura del cuerpo. Por lo tanto, si la natura es consu-

mida por la consunción de lo bueno, la natura es buena. Así, decimos lento a lo opuesto a lo veloz; sin embargo, al que no se mueve en absoluto, no podemos llamar lento. Así llamamos voz grave a la contraria a la voz aguda y desagradable a la voz contraria a la armoniosa; pero si quitas completamente toda clase de voz, resulta el silencio donde no hay ninguna voz; aunque este silencio, por lo mismo que no es voz, suele oponerse como contrario a la voz. Así las cosas claras y las cosas oscuras se nombran como dos contrarios, y sin embargo las cosas oscuras tienen algo de luz, y al carecer completamente de ella, resultan entonces las tinieblas, ausencia de luz, como el silencio es la ausencia de voz.

CAPITULO XVI

Que las ausencias en las cosas están ordenadas por Dios convenientemente.

Sin embargo, también estas ausencias de las cosas están ordenadas de tal manera en el conjunto de la naturaleza, que su alternativa no resulta inconveniente a los que las saben considerar. En efecto, Dios al privar de la luz lugares y tiempos determinados, hizo las tinieblas tan convenientemente como los días. Si nosotros conteniendo la voz interponemos convenientemente el silencio en el discurso, ¿cuánto más convenientemente pone las ausencias de ciertas cosas él, como artífice perfecto de todas las cosas? Y en el himno de los tres niños también la luz y las tinieblas alaban a Dios (**Dan. III, 72**); es decir, producen la alabanza de él en los corazones de los que entienden bien.

CAPITULO XVII

Ninguna natura, en cuanto natura, es mala.

Ninguna natura es mala, en cuanto es natura; el mal para cada natura no es sino la disminución del bien. Si disminuyendo, este bien se consumiere hasta anularse, como no queda ningún bien, ninguna natura quedaría; no sólo como la imaginan los maniqueos, en la cual hay tantos bienes que nos admira su excesiva ceguera, sino como cualquier otro puede imaginar.

TEXTOS CLASICOS

CAPITULO XVIII

La materia informe que los antiguos llamaban hyle no es un mal.

Y aun aquella materia, a la cual los antiguos llamaron hyle, no debe llamarse un mal. No digo a esta hyle a la cual Maniqueo con insensatísima falsedad, sin saber lo que dice, llama formadora de cuerpos, y por esto con razón se le dijo que pone un segundo Dios. En efecto, nadie puede formar y crear cuerpos sino Dios, porque no se crean sino cuando subsiste en ellos su modo y especie y orden; y que estos son bienes y no pueden ser sino por Dios, pienso que ellos también lo aceptan. Sino que hablo de la hyle como cierta materia absolutamente informe y sin cualidad, de donde se forman, como dijeron los antiguos, estas cualidades que percibimos. En efecto, en griego también el bosque se llama hyle, porque es apto para los que trabajan, no para que él haga algo, sino para que de él se haga algo. Y esta hyle, que no se percibe por alguna especie sino que apenas puede ser pensada por la ausencia de toda especie, no debe llamarse un mal. Ella tiene, en efecto, por lo menos la capacidad de tomar formas, pues si no pudiese tomar las formas impuestas por el artífice, ni siquiera se llamaría materia. Además, si la forma es algún bien —por esto los que sobresalen en ella se llaman hermosos, como de especie se deriva especioso, no hay duda alguna que también la capacidad de forma es un bien. Así, porque existe el bien de la sabiduría, nadie duda que también el ser capaz de sabiduría es un bien. Y porque todo bien es por Dios, nadie puede dudar que aun esta materia, si alguna existe, no es sino por Dios.

CAPITULO XIX

Ser es propiedad de Dios.

Magnífica y divinamente nuestro Dios dijo a su siervo: “Yo soy quien soy”; y: “Dirás a los hijos de Israel: El que es me ha enviado a vosotros” (**Exodo III, 14**). Verdaderamente, él es porque es inmutable. Pues toda mutación hace no ser lo que era. Luego verdaderamente es, el que es inmutable. Las otras

cosas que han sido hechas por él, él les dio el ser a cada una según su modo. Luego a él que es soberanamente, no puede ser contrario más que lo que no es. Y por esto, así como todo lo que es un bien es por él, por él es todo lo que es naturalmente, ya que todo lo que es naturalmente, es un bien. Y así toda natura es buena, y todo lo bueno es por Dios. Luego, toda natura es por Dios.

CAPITULO XX

El dolor no puede estar sino en las naturas buenas.

Y aun el dolor, cosa que algunos consideran como el mal por excelencia, esté en el alma o en el cuerpo, no puede ser sino en las naturas buenas. En efecto, lo que se resiste a padecer, de algún modo rehusa no ser lo que era, porque era algo bueno. Mas, cuando obliga a lo mejor, el dolor es útil; cuando obliga a lo peor, es inútil. En el alma, la voluntad resistiendo a una potencia mayor produce el dolor; en el cuerpo lo producen los sentidos resistiendo a un cuerpo más poderoso. Por otra parte, los males son peores sin dolor. En efecto, es peor alegrarse de iniquidad que dolerse de corrupción. Es verdad que tal alegría no puede ser más que de la adquisición de bienes, aunque inferiores; pero también es cierto que iniquidad es la deserción de bienes mejores. Así en el cuerpo es mejor una herida dolorosa que una podredumbre sin dolor, a la que propiamente se llama corrupción. Esta corrupción no la vio, esto es, no la padeció la carne muerta del Señor, según fue predicho en la profecía: "No permitirás a tu santo ver la corrupción" (Psal. XV, 10). Pues ¿quién niega que haya sido herido, traspasado de clavos y golpeado con la lanza? (Joan. XIX, 18, 34). Pero volviendo a la que propiamente es llamada corrupción del cuerpo por los hombres, es decir, la putrefacción, mientras hay algo más profundo que seguir consumiendo, al disminuir lo bueno, se acrecienta la corrupción. Porque si lo consume completamente, hasta la nada, como no queda ningún bien, ninguna natura quedará, pues ya no sería lo que la corrupción corrompe. Y ni la misma putrefacción sería, porque no habría absolutamente donde sea.

TEXTOS CLASICOS

CAPITULO XXI

Las cosas moderadas se llaman de acuerdo al modo.

Ya en el uso común del lenguaje se llaman moderadas las cosas pequeñas y exiguas, porque permanece en ellas algún modo, sin el cual no ya moderadas, sino absolutamente nada serían. Pero las que a causa de su desmesurado desarrollo son llamadas excesivas, adolecen de exageración. Sin embargo, es necesario que ellas estén contenidas en algún modo "bajo Dios que ha dispuesto todas las cosas en medida, en número y en peso" (Sap. XI, 21).

CAPITULO XXII

Si de alguna manera el modo puede aplicarse a Dios mismo.

De Dios no debe decirse que tiene modo, para no hacer pensar que se dice que tiene un fin. Tampoco es sin modo Aquél por quien el modo es atribuído a todas las cosas para que puedan ser según algún modo. Pero, no obstante, no conviene decir que Dios tiene un modo, como si recibiera el modo de alguien. Si decimos que él es el modo soberano, tal vez digamos algo, con tal que en eso que llamamos modo soberano entendamos sumo bien. En efecto, todo modo, en cuanto es modo, es bueno. De donde, todas las cosas no pueden, sin alabanza, ser llamadas moderadas, modestas y limitadas, aunque bajo otra acepción pongamos modo por fin, y digamos que no hay modo donde no hay ningún fin; lo que alguna vez puede decirse con alabanza, según lo dicho: "Y su reino no tendrá fin" (Luc. I, 33). Se podría decir también: no tendrá modo, y en este caso modo se entendería por fin. Pues quien reina sin ningún modo, no reina en efecto.

CAPITULO XXIII

Por qué algunas veces se dice modo malo, especie mala, orden malo.

Se dice un mal modo, o una mala especie, o un mal orden, porque o son menores de lo que debieron ser, o porque no se

acomodan a las cosas a las que deben acomodarse. Por consiguiente se les dice malas, porque son ajenas e incongruentes; como si se dijera que alguno no ha obrado con buen modo porque hizo menos de lo que debía, o porque obró como no debía en tal ocasión, o más ampliamente de lo que correspondía, o no convenientemente; y lo que se condena, lo hecho con mal modo, no se condena justamente por otra razón, sino porque allí no se ha conservado el modo. Análogamente, se dice mala una especie, o en comparación con otra más hermosa o más bella —porque una es menor en especie que la otra, no por la mole, sino por la belleza— o porque no conviene para esas cosas a las que se aplica, porque parecen ajenas e inconvenientes; como si un hombre desnudo pasea por la plaza, lo que no sorprende en el baño. Del mismo modo, se dice malo un orden en el caso que el orden no se conserve —allí no es malo el orden sino más bien el desorden— cuando hay menos orden de lo que debía, o no como debía. Sin embargo, allí donde hay algún modo, alguna especie, algún orden, hay algún bien y alguna natura. Allí donde no hay ningún modo, ninguna especie, ningún orden, no hay ningún bien ni ninguna natura.

CAPITULO XXIV

Por medio de testimonios de la Escritura se prueba que Dios es inmutable y que el hijo de Dios no fue hecho sino engendrado.

Estas verdades que nuestra fe posee y de algún modo las ha encontrado la razón, deben ser aseguradas por los testimonios de las divinas escrituras; de modo que quienes no puedan entenderlas por su menor inteligencia, crean en la divina autoridad y consigan por esto comprender. Y quienes comprenden, pero son menos instruídos en las letras eclesiásticas, no discurren que nosotros hemos sacado esas cosas de nuestra inteligencia más que de esos libros. Que Dios es inmutable, así está escrito en los salmos: “Cambiarás las cosas y serán cambiadas; pero tú serás el mismo” (Psal. CI, 27). Y en el libro de la Sabiduría acerca de la Sabiduría misma: “Permaneciendo en sí misma innova todas las cosas” (Sap. VII, 27). Luego el apóstol Pablo: “A Dios invisible, incorruptible, único” (I Tim. I, 17). Y el apóstol Jacob: “Todo presente óptimo y todo don perfecto viene

de arriba, descendiendo del Padre de las luces, en quien no hay cambio, ni la sombra de un movimiento" (Jacobi I, 17). De igual modo, que lo que de sí mismo engendró, es lo que es El mismo, así por el mismo Hijo lo dijo brevemente: "Yo y mi padre somos una misma cosa" (Joan. X, 30). Que el hijo no ha sido hecho, porque todas las cosas han sido hechas por él, así está escrito. "En el principio era el Verbo, y el Verbo era en Dios, y el Verbo era Dios. El era en el principio en Dios. Todas las cosas por él han sido hechas y sin él nada ha sido hecho (Id. I, 1-3). Es decir, ninguna cosa ha sido hecha sin él.

CAPITULO XXV

Aquello del Evangelio, sin él nada se hizo, ha sido mal entendido por algunos.

No tenemos que dar oído al disparate de los que piensan que "nada" (nihil) en este lugar debe ser entendido como "algo", y piensan poder obligar a alguien a admitir este error, porque "nada" está colocado al fin de la oración. Luego, dicen, esta "nada" ha sido hecha. En efecto, han perdido el sentido por su afición a contradecir, y no comprenden que no tiene importancia si se dice: "sin él no se hizo nada"; o: "Sin él nada se hizo"; porque si se dijera con este orden: "Sin él nada se hizo", ellos podrían aún decir que "nada" es "algo" porque fue hecho. Porque para lo que realmente es "algo", ¿qué importa si se dice: sin él se hizo la casa; o: sin él la casa se hizo, con tal que se entienda que algo sin él fue hecho, el cual "algo" es la casa? Así porque está dicho: "Sin él no se hizo nada", pues "nada" en ningún caso es "algo" cuando se habla con propiedad, ya sea que se diga: "Sin él no se hizo nada" o: "Sin él nada se hizo", no tiene importancia. ¿Quién quisiera hablar con hombres que frente a lo que yo dije: No importa nada, puedan decir: Entonces importa algo, porque la nada es algo? Los que tienen la cabeza sana ven claro como el día que cuando yo dije: No importa nada, se entiende lo mismo que si hubiera dicho: Nada importa. Pero sí esos dicen a alguien: ¿Qué has hecho? Y él responde que no hizo nada, lógicamente tienen que contradecirlo diciendo: Entonces hiciste algo, porque hiciste nada; porque la nada es algo. Por fin, tienen al mismo Dios que pone esta pa-

labra al fin de la locución donde dice: "Y en secreto no dije nada" (Id. XVIII, 20). Luego que lean y callen.

CAPITULO XXVI

Las criaturas fueron hechas de la nada.

Que Dios a todas las cosas no engendradas de sí, sino hechas por su Verbo, no las hizo de las cosas que ya eran sino de las que no eran absolutamente, es decir, que las hizo de la nada, así lo dice el Apóstol: "Que llama a las cosas que no son como si fueran" (Rom. IV, 17). Y más claramente en el libro de los Macabeos está escrito: "Te ruego, hijo, mires el cielo y la tierra y todas las cosas que hay en ellos. Mira y sabrás que no existían las cosas de las que nos hizo Dios Nuestro Señor" (II Mac. VII, 28). Y aquello que en el Salmo está escrito: "El habló y las cosas fueron hechas" (Psal. CXLVIII, 5). Es evidente que no engendró estas cosas de sí, sino que las hizo por una palabra y una orden. Ya que no las hizo de sí, las hizo de la nada. En efecto, no había otra cosa de donde las hiciera y esto muy claramente lo dice el Apóstol: "Porque desde él, y por él, y en él son todas las cosas" (Rom. XI, 36).

CAPITULO XXVII

Ex ipso y de ipso no significan lo mismo.

Y desde él, no significa lo mismo que de él. Lo que es de él, se puede decir que desde él es. Sin embargo no es exacto decir que todo lo que desde él viene, es de él. En efecto, el cielo y la tierra vienen desde él porque él los hizo, pero no son de él, porque no son de su sustancia. Un hombre, por ejemplo, si engendra un hijo y hace una casa, desde él viene el hijo, desde él la casa; pero el hijo es de él, la casa de tierra y de madera. Esto porque el hombre, que no llega a hacer algo de la nada. Pero Dios desde quien vienen todas las cosas, por quien son todas las cosas, en quien son todas las cosas, no tenía necesidad que su omnipotencia fuera ayudada por alguna materia que él no había hecho.

TEXTOS CLASICOS

CAPITULO XXVIII

Los pecados no se hacen por Dios sino por la voluntad de los pecadores.

Y cuando oímos: “Todas las cosas desde él, y por él, y en él son”, debemos comprender pues, todas las naturas que son naturalmente. No vienen de él los pecados que no conservan la natura sino que la vician. Que los pecados vienen de la voluntad de los pecadores de muchas maneras está atestiguado en las Santas Escrituras, sobre todo en el pasaje en que el Apóstol dice: “¿Piensas, oh hombre, que juzgas a los que obran de tal modo y tú haces lo mismo, que tú evitarás el juicio de Dios? ¿O es que tú desprecias las riquezas de su benignidad y de su paciencia y de su generosidad, ignorando que la paciencia de Dios te invita a la penitencia? Pero conforme a la dureza de tu corazón, y a tu corazón impenitente, atesoras para ti la ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, que devolverá a cada uno según sus obras” (Id. II, 3-6).

CAPITULO XXIX

Dios no se mancha por nuestros pecados.

A pesar de que en Dios están todas las cosas del universo que ha creado, es claro que los que pecan no manchan a aquel de cuya sabiduría se ha dicho: “Alcanza todas las cosas a causa de su pureza, y ninguna mancha se produce en ella” (Sap. VII, 24, 25). Así como creemos que Dios es incorruptible e inmutable, corresponde por consiguiente que lo creamos inmaculado.

CAPITULO XXX

Los bienes, aunque mínimos y terrenales, vienen de Dios.

Que verdaderamente aun los bienes menores, es decir, los terrenales y mortales, él los hizo, se entiende claramente en el pasaje del Apóstol donde habla de los miembros de nuestro cuerpo: “si se ensalza un miembro, se alegran todos los miembros;

y si sufre un miembro, sufren todos los miembros" (I Cor. XII, 26). También allí dice esto: "Dios puso los miembros en el cuerpo cada uno como quiso" (Id. XII, 18). Y: "Dios arregló el cuerpo, dando más honor al miembro que no lo tenía para que no hubiese divisiones en el cuerpo y en vez haya ayuda entre los miembros". (I Cor. XII, 24-25). Esto que el Apóstol así alaba en el modo, especie y orden de los miembros del cuerpo, se encuentra en el cuerpo de todo animal, de los más grandes y de los más pequeños; contándose todo cuerpo entre los bienes terrenales, y por esto considerados mínimos.

CAPITULO XXXI

Castigar y perdonar los pecados pertenece igualmente a Dios.

De igual modo, que es del divino juicio, no del humano, cuál y cuánta es la pena debida a cada culpa, así está escrito: "Oh sublimidad de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, cuán inescrutables son sus juicios e impenetrables sus caminos" (Rom. XI, 33). Que por la bondad de Dios los pecados son perdonados a los que se arrepienten, está suficientemente probado por la venida de Cristo. Quien no en su natura por la cual es Dios, sino en la nuestra que tomó de una mujer, murió por nosotros. Esta bondad de Dios para nosotros y este amor, así fue anunciado por el Apóstol: "Muestra", dice, "Dios su caridad para con nosotros, porque como todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros. Ahora, purificados por su sangre, con más razón seremos salvados de la ira de Dios por él. En efecto, si siendo enemigos, hemos sido reconciliados con Dios por la muerte de su hijo, con más razón ahora que estamos reconciliados, seremos salvados en su vida" (Id. V, 8-10). Y que no es iniquidad en Dios cuando se imparte a los pecadores la pena debida, así está dicho: "¿Qué diremos? ¿Que Dios es inicuo mostrando su ira?" (Id. III, 5). Y advierte brevemente, con un solo pasaje, que a él pertenecen la bondad y la severidad diciendo: "Ved la bondad y la severidad de Dios: en esos que cayeron, severidad; en ti, bondad, si permaneces en su bondad" (Id. XI, 22).

CAPITULO XXXII

El mismo poder de dañar deriva de Dios.

Que también el poder de los que dañan no deriva sino de Dios, así está escrito en el libro de la Sabiduría: “Por mí reinan los reyes, y los tiranos por mí tienen la tierra” (**Prov. VIII, 15-16**). Y el Apóstol dice: “No hay poder sino de Dios” (**Rom. XIII, 1**). Que esto es justo, está escrito en el libro de Job: “Quien hace reinar”, dice, “al hombre hipócrita a causa de la perversidad del pueblo” (**Job XXXIV, 30**). Y del pueblo de Israel dice Dios: “Yo les di un rey en mi cólera” (**Oseas XIII, 11**). En verdad, no es injusto que al recibir los malos el poder de dañar, la paciencia de los buenos sea probada, y la iniquidad de los malos sea castigada. Así por el poder dado al diablo, Job fue probado para que apareciera justo, Pedro tentado para que no fuera confiado, Pablo golpeado para que no se enorgulleciera y Judas condenado para que se colgara. Aunque Dios dando poder al diablo hizo todas estas cosas con justicia, sin embargo, al fin se castigará al diablo —no por estas cosas que se hizo con justicia sino por su inicua voluntad de dañar— cuando se diga a los impíos que siguieron obedeciendo la iniquidad de éste: “Id al fuego eterno que mi Padre preparó para el diablo y sus ángeles” (**Id. XXV, 41**).

CAPITULO XXXIII

Los ángeles malos no se hicieron malos por Dios, sino pecando.

Que los mismos ángeles malos no han sido creados malos por Dios, sino que pecando se han vuelto malos, así lo dice Pedro en su epístola: “En efecto, si Dios no perdonó a los ángeles pecadores sino que los arrastró y los entregó a las cárceles tenebrosas del infierno a fin de conservarlos para la condenación en el juicio...” (**II Petr. II, 4**). Con esto Pedro muestra que todavía para ellos está reservada una pena en el último juicio, de la cual el Señor dice: “Id al fuego eterno que está preparado para el diablo y sus ángeles”. Aunque ya por castigo recibieron este infierno, es decir, este lóbrego aire inferior como cárcel; pero aunque se le llame también cielo a esta cárcel, no designa

el cielo aquel en el cual están las estrellas, sino este cielo inferior cuyas nubes se espesan en tinieblas y donde revolotean las aves; porque también podemos decir nublado al cielo y volátiles del cielo a las aves; y por esto el apóstol Pablo llama a estos ángeles malos, contra la enemistad de los cuales nosotros peleamos viviendo piadosamente, “espíritu de la iniquidad en el cielo” (**Ephes. VI, 12**). Y para que no se entienda de los cielos superiores, en otro pasaje dice abiertamente: “Según el príncipe que ejerce el poder sobre este aire que ahora obra sobre los hijos de la desobediencia” (**Id. II, 2**).

CAPITULO XXXIV

El pecado no es el deseo de una natura mala, sino el abandono de una mejor.

De igual modo, que el pecado o iniquidad no es un apetito de naturas malas, sino un abandono de las mejores, así se halla escrito en las Escrituras: “Toda criatura de Dios es buena” (**I Tim. IV, 4**). Y por esto, todo árbol plantado por Dios en el paraíso es bueno. El hombre no apeteció una natura mala cuando echó mano al árbol prohibido; sino que dejando lo que era mejor, cometió por sí un acto malo. El creador es mejor que cualquier criatura que formó. Por lo tanto, no se debía desobedecer su orden y tocar lo prohibido, aunque bueno, porque dejando lo mejor, se apetecía lo bueno de una criatura a la que se tocaba contra el mandato del creador. Así, no es que Dios había plantado en el paraíso un árbol malo, sino que El era mejor que el árbol que prohibía tocar.

CAPITULO XXXV

El árbol fue prohibido a Adán, no porque era malo, sino porque es un bien para el hombre estar sometido a Dios.

Y había prohibido esto para mostrar, también, que la natura del alma racional no debe estar en su potestad, sino sujeta a Dios, y que ella, por la obediencia, custodia el orden de su sal-

vacación y por la desobediencia lo corrompe. Y este árbol que prohibió tocar lo llamó: "del discernimiento del bien y del mal" (Gen. II, 9), porque tocándolo contra lo prohibido el hombre experimentaría la pena del pecado, y de este modo distinguiría la diferencia que media entre el bien de la obediencia y el mal de la desobediencia.

CAPITULO XXXVI

Ninguna criatura de Dios es mala, pero es un mal hacer mal empleo de ella.

¿Quién será tan insensato que piense que una criatura de Dios, máxime plantada en el paraíso, deba ser reprobada, cuando en realidad ni las mismas espinas y cardones que la tierra produce según la justa voluntad de Dios para atormentar en la labor al pecador, merecen con justicia ser vituperadas? En efecto, tienen tales hierbas su modo y especie y orden, y cualquiera que las considere sensatamente las encuentra dignas de alabanza. Pero éstas son malas para aquella natura que por su pecado así debía ser castigada. No es pues, como ya he dicho, el pecado un apetito de natura mala, sino el abandono de una mejor. Y por esto, el acto mismo es malo, no aquella natura de la que usa mal el que peca. El mal, es un mal uso de lo bueno. Así, el Apóstol reprende a algunos condenados por el divino juicio "que amaron y sirvieron a la criatura más que al creador" (Rom. I, 25). No reprende a la criatura, porque quien lo haga hace injuria al Creador, sino a los que usan mal de un bien renunciando a uno mejor.

CAPITULO XXXVII

Dios aprovecha bien los males de los pecadores.

Por lo tanto, guardando todas las naturas modo y especie y orden propios, no habrá ningún mal. Pero si cualquiera quiere usar mal estos bienes, ni aun así vence a la voluntad de Dios, quien sabe disponer justamente a los injustos. De modo que si

por la iniquidad de su voluntad ellos usan mal los bienes de El, El, por la justicia de su poder, usa bien del mal de ellos, poniendo justamente en el orden de la pena a los que se pusieron perversamente en el pecado.

CAPITULO XXXVIII

El fuego eterno que atormenta a los malos, no es malo.

Y el mismo fuego eterno que ha de atormentar a los impios, no es natura mala, teniendo su modo y especie y orden, y no siendo corrompido por ninguna iniquidad. Pero malo para los condenados es el suplicio merecido por sus pecados. Ni esta luz por atormentar a los lagañosos, es una natura mala.

CAPITULO XXXIX

Se llama eterno el fuego, no como a Dios, sino porque no tiene fin.

Este fuego eterno, no es eterno como Dios, porque si bien es sin fin, no es sin principio. Mientras que Dios es sin principio. Por lo tanto, aunque perpetuamente se use para el suplicio de los pecadores, sin embargo es una natura mudable. Es verdadera eternidad, aquella que es verdadera inmortalidad; esto es, aquella suma inmutabilidad que sólo Dios tiene, quien no puede absolutamente cambiar. Una cosa es no cambiar cuando se pueda cambiar; y otra cosa es no poder cambiar en absoluto. Lo mismo cuando se dice que un hombre es bueno —no sin embargo como Dios de quien se ha dicho: “Nadie es bueno sino el Dios único” (Marc. X, 18)—, y también cuando se dice que el alma es inmortal —no sin embargo como Dios de quien se ha dicho: “El único que tiene inmortalidad” (I Tim. VI, 16)—, y cuando se dice que el hombre es sabio —no sin embargo como Dios de quien se ha dicho: “A Dios que es el único sabio” (Rom. XVI, 27)—, así se dice que el fuego es eterno, no sin embargo como Dios, único en quien la inmortalidad es la verdadera eternidad.

CAPITULO XL

No se puede dañar ni a Dios ni a otro, más que por justa orden de Dios.

Siendo así según la fe católica y la sana doctrina, y la verdad evidente para los que comprenden, nadie puede dañar la natura de Dios, ni la natura de Dios puede dañar injustamente a alguien, o sufrir que se dañe impunemente a alguien. "Quien dañe", dice el Apóstol, "recibirá según lo que dañó; y no hay distinción de personas ante Dios". (Coloss. III, 25).

CAPITULO XLI

Cuantos bienes ponen los maniqueos en la natura del mal, y cuantos males en la natura del bien

Si los maniqueos quisieran meditar esto sin un pernicioso afán de defender su error y con temor de Dios, no blasfemarían malvadamente poniendo dos naturas, una buena que llaman Dios, otra mala que no hiciera Dios. Tan extraviados, tan delirantes y aun tan frenéticos, que no vean que ponen tan gran cantidad de bienes en lo que llaman natura del sumo mal, cuando ponen vida, poder, salud, memoria, inteligencia, proporción, valor, facultades, sentido, luz, suavidad, medida, armonía, paz, modo, especie, orden; por el contrario, en eso que llaman sumo bien ponen tantos males: muerte, enfermedad, olvido, ignorancia, perturbación, impotencia, pobreza, estupidez, ceguera, dolor, iniquidad, deshonor, guerra, inmoderación, desformidad, perversidad. En efecto, dicen que los príncipes de las tinieblas han vivido según su natura, y que han quedado incólumes en su reino, y que han tenido la facultad de recordar y de entender. Por ejemplo, ellos dicen que el príncipe de las tinieblas dijo un discurso, pero él no podría decir tales cosas ni podría ser oído por esos a quienes se dirigía si hubieran carecido de memoria e inteligencia; y dicen que ellos tenían una proporción adecuada a su espíritu y a su cuerpo; y dicen que reinaban por medio del poder; y dicen que tenían aptitud y fecundidad según sus elementos; y dicen que se sentían mutuamente y percibían la luz próxima a ellos; y que tenían ojos con los cuales veían la luz de lejos; porque los ojos sin algo de vista no podrían ver la luz, de donde se llaman también luces; y gozaron de la

suavidad del placer; dicen también que están determinados por miembros bien proporcionados y dispuestos. Porque si no hubiese allí alguna belleza, no amarían a su cónyuge, y sus cuerpos no tendrían proporción en sus partes; y si esto no fuera no podría pasar lo que ellos en su delirio dicen que pasa. Y si no hubiera algo de paz, no obedecerían a su príncipe. Si allí no hubiese modo, no podrían hacer más que comer, beber, enfurecerse o cualquier otra cosa sin comunidad alguna; más aún, los que hacían esto, si allí no hubiera modo, no hubieran estado determinados por sus formas; ahora bien, dicen que ellos hicieron cosas tales que no pueden negar que tenían modos adecuados a todas sus acciones. Y si no hubiese especie allí, ninguna cualidad natural subsistiría. Si ningún orden allí hubiese, no dominarían unos, ni otros estarían sometidos, no vivirían convenientemente en sus elementos, por fin, no tendrían miembros adecuados a su medio para que pudiesen hacer todas aquellas cosas que erróneamente ellos cuentan. Por otra parte, tienen que admitir que la natura de Dios ha muerto, pues si no, ¿qué es lo que resucitó Cristo según su errónea doctrina? Si no dicen que está enferma, ¿qué es lo que cura? Si no dicen que olvida, ¿qué recuerda? Si no dicen que ignora, ¿qué enseña? Si no dicen que está perturbada, ¿qué recompone? Si no está vencida y cautiva, ¿qué libera? Si no tiene necesidad, ¿a quién ayuda? Si no ha perdido el sentido, ¿qué reanima? Si no está ciega, ¿qué ilumina? Si no está apenada, ¿qué alegra? Si no está extraviada, ¿qué corrige por medio de preceptos? Si no está deshonrada, ¿qué purifica? Si no está en guerra, ¿a quién promete paz? Si no es desordenada, ¿a quién impone el orden de la ley? Si no es deforme, ¿qué reforma? Si no es perversa, ¿qué enmienda? En efecto, dicen que todas estas cosas las hizo Cristo, no en favor de lo que fue hecho por Dios y se depravó pecando por arbitrio propio; sino en favor de la propia natura, de la propia substancia de Dios, que es lo que es Dios.

CAPITULO XLII

Blasfemias de los maniqueos sobre la natura de Dios.

¿Qué se puede comparar con estas blasfemias? Absolutamente nada sólo en el caso que se consideren los errores de otras

sectas perversas; pero si se compara este error con la otra parte de la doctrina de la cual todavía no hemos hablado, entonces se prueba que blasfeman contra la natura de Dios de modo aún peor y execrable. En efecto, dicen que algunas almas que ellos piensan que son de la substancia de Dios y de su mismísima natura, que no hubieran pecado espontáneamente sino que han sido abatidas y vencidas por la gente de las tinieblas —esta gente que ellos llaman natura del mal, para vencer al cual estas almas no bajaron espontáneamente sino por mandato del padre— dicen que están sujetas eternamente en la horrible esfera de las tinieblas. Así, según su sacrílego error, Dios por una parte se libertó a sí mismo de gran mal, y se dañó a sí mismo en otra parte que no pudo librar del enemigo, y además triunfó como si hubiera vencido al enemigo. ¡Oh audacia impía e increíble que cree tales cosas de Dios, que habla tales cosas, que proclama tales cosas! Cuando intentan defender esto, para echarse en algo peor con los ojos cerrados, dicen que es la mezcla con la natura mala la que hace que la natura buena de Dios sufra tantos males; ella en sí misma no habría podido ni puede sufrir ninguno de estos males. Como si de esto se debiera admitir que la natura de Dios es incorruptible porque no se daña a sí misma y no porque nadie pueda dañarla en algo. Pues si la natura de las tinieblas ha dañado a la natura de Dios, y la natura de Dios ha dañado a la natura de las tinieblas, son dos males que se dañaron mutuamente, y la gente de las tinieblas fue de mejor sentimiento, porque si dañó, dañó sin querer, porque no quiso dañar, sino gozar del bien de Dios. Pero Dios quiso extinguirla, según dice Maniqueo muy claramente en la disparatada epístola de sus ruinosos fundamentos. Olvidado de lo que poco antes había dicho: “Que sus reinos resplandecientes fueron fundados sobre la tierra, luciente y hermosa de modo que ninguno nunca los pudiese mover o sacudir”, después dijo: “Pero el padre de la luz bellísima, sabiendo que la gran ruina y desolación que podría surgir de las tinieblas amenaza a su santo mundo si no opone algún poder eximio, excelente, y de gran valor, que venza y al mismo tiempo destruya la legión de las tinieblas, para que, extinguida ésta, se logre una quietud perpetua para los habitantes de la luz. . .” He aquí que temió la ruina y la desolación que amenazaba a su mundo. ¿Así, entonces, estaba fundado sobre la luciente y hermosa tierra que ninguno nunca pudiese mover o

sacudir? He aquí que movido por el miedo quiso dañar a una gente vecina, a la cual se esfuerza en destruir y extinguir, para conseguir perpetua quietud a los habitantes de la luz. ¿Por qué no añadió: y perpetuo vínculo? Y aquellas almas que condenó eternamente a la esfera de las tinieblas, ¿no eran habitantes de la luz, de los cuales claramente dice, que “se dejaron desviar de su primitiva naturaleza luminosa?” Aquí, él, que no quiere poner el pecado más que en la necesidad de la natura contraria, está obligado a decir sin querer, que ellas pecaron por su libre voluntad, sin saber lo que dice, y como si él mismo estuviera ya encerrado en la esfera de las tinieblas que inventó, buscando una salida sin encontrarla. Pero que diga lo que quiera a los seducidos y miserables, por quienes es honrado mucho más que Cristo para que venda a este precio tan largas y tan sacrílegas fábulas. Que diga lo que quiera, que encierre en un globo como en una cárcel a la legión de las tinieblas, y deje clavada allí la natura de la luz llegada de afuera, a quien prometía quietud perpetua al ser aniquilado el enemigo. He aquí que es peor la pena infligida a la luz que a las tinieblas, peor es la pena de la divina natura que la de la gente enemiga. Pues si ésta está encerrada en las tinieblas, pertenece a su natura habitar en las tinieblas; pero las almas que son lo que Dios es, no pudieron ser readmitidas, como él dice, en los reinos de la paz; y serán privadas de la vida y de la libertad de la luz santa y clavadas en la ya mencionada horrible esfera: “Y aquellas almas”, dice, “abandonadas en la esfera de las tinieblas, se adherirán a esas cosas que quisieron, adquiriendo esto por sus culpas”. En verdad, ¿no es esto el libre arbitrio de la voluntad? Ved de qué insensata manera ignora lo que dice, y hablando cosas que le son contrarias, lleva contra sí una guerra peor que la que lleva contra el dios de la gente de las tinieblas. Por lo tanto, si son condenadas las almas de la luz porque quisieron las tinieblas, es condenada injustamente la gente de las tinieblas porque quiso la luz. Y ciertamente, esta gente de las tinieblas quiso la luz desde el principio aunque violentamente, la quiso poseer, no extinguir; mientras que la natura de la luz quiso extinguir, en guerra, las tinieblas; luego derrotada, las amó. Elegid lo que queráis; o que fue impulsada por la necesidad a querer las tinieblas, o que fue seducida por la voluntad. Si lo hizo por necesidad, ¿por qué condenarla? Si fue por la voluntad, ¿por qué se

sorprende a la natura de Dios en tanta iniquidad? Si por necesidad la natura de Dios fue obligada a amar las tinieblas, entonces fue vencida, no venció; si por voluntad, ¿por qué vacilan los miserables en atribuir abiertamente la voluntad de pecar a la natura que Dios hizo de la nada, para no atribuirla a la luz que Dios engendró?

CAPITULO XLIII

Los maniqueos atribuyen muchos males a la natura de Dios antes de la mezcla del mal.

¿Y qué sería si también mostramos que había grandes males en la que ellos llaman natura de la luz, aun antes de que el mal se hubiera mezclado clavándose en ella según fantástica y locamente pensaron? ¿Qué parece que se pueda agregar a estas blasfemias? Porque hubo dura e inevitable necesidad de luchar antes de la lucha. He aquí ya un gran mal antes que se mezclara el mal con el bien; que digan de dónde vino esto cuando todavía ninguna mezcla se había hecho. Luego si no había necesidad, había voluntad; ¿y de dónde este otro mal tan grande, que Dios mismo quiera dañar su natura, la que no podía ser dañada por el enemigo, enviándola a una mezcla cruel, a una expiación vergonzosa, a una condenación injusta? He aquí qué gran mal de una voluntad perniciosa, nociva y cruelísima, antes que se mezclara algún mal proveniente de la gente contraria. ¿O tal vez ignorara lo que acontecería a su gente: que amaría las tinieblas y llegará a ser enemiga de la santa luz, como él dice, esto es, no sólo de su Dios sino del padre que las engendró? ¿De dónde este gran mal de la ignorancia en Dios, antes que se mezclara algún mal de la gente contraria? Pero si conocía que esto sucedería: o había en él crueldad sempiterna, si por la futura contaminación y condenación de su natura no se dolía; o bien si se dolía, había eterna impotencia. ¿De dónde entonces este otro mal en el que vosotros llamáis sumo bien, antes de mezcla alguna con lo que vosotros llamáis sumo mal? Y si era esta partícula de su misma natura, ésa que había sido clavada en la eterna cárcel de aquella esfera, la que no sabía lo que le amenazaba, también entonces había sempiterna ignorancia en la natura de Dios; pero si lo sabía, había sempiterna impotencia;

¿de dónde todo este mal antes que se mezclara mal alguno de la gente contraria? ¿O quizás tenía gran espíritu de caridad porque por medio de su pena se preparaba la quietud perpetua para los otros habitantes de la luz? El que vea qué blasfemia es decir esto, que anatematice. Pero si por lo menos hiciera esto sin hacerse enemiga de la luz, pudiera quizás ser alabada, no como natura de Dios, sino como un hombre que quiere sufrir algún mal por su patria, el cual sería un mal temporáneo, no eterno. Ahora bien, ellos dicen que esta mezcla en la esfera de las tinieblas es eterna y que no es una mezcla cualquiera, sino de la natura de Dios; entonces habría una alegría inicua, execrable e increíblemente sacrílega, si la natura de Dios se alegraba de amar las tinieblas y de ser enemiga de la santa luz. ¿De dónde este mal tan monstruoso y criminal antes que se mezclara mal alguno de la gente contraria? ¿Quién soportaría una locura tan perversa y tan impía, atribuir al sumo mal tantos bienes y al sumo bien, que es Dios, tantos males?

CAPITULO XLIV

Agustín ruega para que los maniqueos vuelvan a la razón.

Oh gran indulgencia tuya, Señor misericordioso y compasivo, longánimo y muy misericordioso y veraz (**Psal. CII, 8**); que haces salir el sol sobre buenos y malos, llover sobre justos e injustos (**Matth. V, 45**); que no quieres la muerte del pecador sino que se reconcilie y viva (**Ezech. XXXIII, 11**); que enmendando poco a poco das lugar a la penitencia, para que dejada la maldad crean en ti, Señor (**Sap. XII, 2**); que con tu paciencia llevas a la penitencia —aunque muchos por su dureza a la vez que por su corazón impenitente atesoran tu ira para sí en el día de la ira y de la revelación de tu justo juicio—; que das a cada uno según su obra (**Rom. II, 4-6**); que en el día que el hombre se aleje de su maldad y vaya a tu misericordia y bondad, olvidarán sus iniquidades (**Ezech. XVIII, 21**). Danos, concédenos que por medio de nuestro ministerio con el cual quisiste corregir este error execrable y tan horrible, así como ya muchos han sido liberados, otros también se liberen, y ya por el sacramento de tu santo bautismo, ya por el sacrificio del espíritu atribulado y del corazón contrito y humillado (**Psal. L, 19**) en el dolor

de la penitencia, merezcan conseguir la remisión de los pecados y de sus blasfemias, con los cuales por ignorancia te ofendieron. Pues tanto vale tu poderosa misericordia y tu poder y la verdad de tu bautismo y la llave del reino de los cielos puesta en tu Santa Iglesia, que mientras por tu paciencia vivan en esta tierra, no hay que desesperar de aquellos que, aun sabiendo qué mal es pensar o decir tales cosas de ti, por costumbre o para el logro de alguna conveniencia mundanal o terrena, se retardan en esa maligna creencia, siempre que, increpados por tus amonestaciones, acudan por fin a tu bondad inefable, y a todos los halagos de la vida carnal antepongan la eterna vida celeste.